Diario de una lucidez incómoda

Javier del Campo Rupérez

Diario de una lucidez INCÓMODA

Javier del Campo Rupérez

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2026
© Javier del Campo Rupérez,, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN:9791388449154
DL:M-27025-2026
Thema: FXS - FA - APFC - APD - APRB

Gracias por tu tiempo lector.

«Si todo el mundo siempre te miente, la consecuencia no es que creas las mentiras, sino que ya nadie cree en nada. [...] Todo lo que dice el gobierno se vuelve sospechoso. Un pueblo que ya no puede creer en nada no puede tomar decisiones. Se ve privado no solo de su capacidad de actuar, sino también de su capacidad de pensar y juzgar. Y con un pueblo así puedes hacer lo que quieras».

Hannah Arendt,
ideas de su ensayo La mentira en política
(1971, sobre los Papeles del Pentágono).

Introducción

El diario que tiene entre sus manos es una obra de carácter ensayístico y literario. No busque usted un registro factual ni una reconstrucción literal de hechos. Las situaciones, escenarios o figuras que aparecen en el texto forman parte de un dispositivo narrativo destinado a desarrollar ideas y explorar procesos de pensamiento, no a constituir una biografía o una crónica verificable.

Su estilo tampoco responde a una estructura lineal ni estrictamente académica. Se articula mediante fragmentos de pensamiento, anotaciones y reflexiones que combinan la observación cotidiana con el análisis conceptual. En determinados pasajes, el lenguaje incorpora elementos simbólicos, imaginativos o de carácter onírico. Estos recursos no deben entenderse como una representación literal de experiencias, sino como una forma expresiva destinada a intensificar, ilustrar o ampliar determinadas ideas y estados de reflexión. Su función es literaria y estructural, no documental.

A lo largo del diario aparecerán referencias constantes a autores como Ortega y Gasset, Eric Hoffer, Noam Chomsky o Edward Bernays, entre otros. También encontrará referencias a mi primer libro y a su protagonista, Martín.

Estas referencias funcionan como marcos de apoyo para una reflexión más amplia sobre la percepción contemporánea, la construcción del discurso social, la atención y los mecanismos de mediación cultural, todo ello entremezclado con una crítica social que atraviesa la totalidad del texto.

Aunque el diario se presenta como una sucesión de anotaciones y experiencias, existe una arquitectura conceptual que permanece deliberadamente oculta durante la lectura. Mientras escribía, descubrí que necesitaba una especie de mapa para orientarme: un núcleo de

ideas capaz de conectar las intuiciones que iban apareciendo de manera dispersa.

Ese núcleo se organiza en cinco dimensiones principales: la ontología del mundo actual (cómo está estructurado antes incluso de que lo vivamos), los mecanismos invisibles que lo hacen funcionar, los efectos profundos que produce sobre nosotros como personas, las nuevas formas de ser y de pensar que comienzan a emerger y, finalmente, las grandes tensiones y contradicciones que atraviesan todo el sistema.

Estas cinco dimensiones se despliegan posteriormente en siete macroejes que sostienen el libro de manera invisible: la transformación de las formas de control —desde la represión directa hacia mecanismos más sutiles de gestión de la conducta—, la presión sistémica bajo la que vivimos, la economía de la atención y la fragmentación de la experiencia, el espectáculo como nueva realidad dominante, la crisis contemporánea de la verdad y del lenguaje, la escritura y el pensamiento como formas mínimas de resistencia y, finalmente, la crisis ontológica: la progresiva pérdida de estabilidad de aquello que entendemos por realidad.

Todo este marco conceptual será desarrollado con mayor profundidad en el ensayo que cierra el libro y que el lector podrá abordar, si así lo desea, una vez concluido el diario.

Conocer esta arquitectura no es imprescindible para recorrer las páginas que siguen. El diario puede leerse simplemente como el itinerario de una conciencia que intenta comprender su tiempo. Sin embargo, para quienes deseen descubrir el entramado de ideas que sostiene esa experiencia, el ensayo final ofrece ese mapa de forma explícita.

Lo que comienza a continuación solo busca acompañar un proceso de observación. Es el recorrido de una mirada que intenta comprender cómo se transforma el mundo y cómo esas transformaciones acaban modificando, muchas veces sin que lo advirtamos, nuestra manera de pensar, de sentir y de habitar la realidad.

Prefacio

Todo lo anterior explica qué clase de libro tiene entre sus manos. Quizá ahora convenga explicar por qué necesitó ser escrito.

Este libro nació como un diario. El texto reúne observaciones, reflexiones y fragmentos de pensamiento desarrollados durante los últimos años a partir de una experiencia vital de transformación iniciada en los meses de la pandemia. Desde ese momento, la escritura dejó de ser únicamente una forma de ordenar ideas para convertirse en un medio de registro y exploración, donde la lectura, la introspección y el análisis ocuparon un lugar cada vez más central.

Durante años escribí casi a diario. No lo hacía pensando en una futura publicación. Escribía porque necesitaba comprender qué me estaba ocurriendo a mí y qué estaba ocurriendo a nuestro alrededor.

Con el paso del tiempo descubrí que aquellas páginas ya no registraban únicamente un proceso personal. Poco a poco empezaron a aparecer conexiones entre lecturas, conversaciones, acontecimientos y experiencias que, consideradas por separado, parecían inconexas. La escritura terminó convirtiéndose en el lugar donde todas esas piezas comenzaban a encontrar un orden.

Necesitaba poner en palabras una sensación persistente: la impresión de que algo profundo estaba cambiando en nuestra forma de percibir el mundo, de experimentar el tiempo, de administrar la atención, de comprender quiénes somos y de relacionarnos con aquello que llamamos «realidad».

Lo que comenzó siendo una colección de anotaciones personales, reflexiones todavía confusas y momentos aislados de lucidez fue revelando progresivamente un panorama más amplio. Comprendí que no se trataba únicamente de una experiencia individual. Había patrones, mecanismos y transformaciones que parecían afectar a muchos de

nosotros, aunque rara vez encontraran un lenguaje compartido para ser nombrados.

Este libro es el resultado de ese proceso: un ensayo híbrido que entrelaza el diario íntimo con la crítica cultural y social, la reflexión filosófica, la psicología de la lucidez y el análisis del sistema mediático y de los mecanismos de manipulación que configuran gran parte de nuestra experiencia contemporánea.

Durante mucho tiempo pensé que estas páginas nunca abandonarían el ámbito privado. Escribir era, ante todo, una forma de pensar con más lentitud, de impedir que determinadas intuiciones desaparecieran bajo el ritmo acelerado de los acontecimientos. Solo más tarde comprendí que ese diálogo conmigo mismo quizá pudiera convertirse también en un diálogo con otros.

Este es un libro escrito desde dentro. Muchas de las ideas que aparecen en él nacen de mis propias caídas, de mis confusiones y también de algunos momentos de claridad que fueron apareciendo a medida que avanzaba la escritura.

Si decide acompañarme en este recorrido, encontrará el testimonio de alguien que intentó mantener la lucidez en un mundo que, con frecuencia, parece diseñado para dificultarla; alguien que quiso dejar constancia escrita de ese intento, para conservar preguntas que consideró importantes.

Espero que estas páginas le acompañen, le incomoden cuando sea necesario y, sobre todo, le ayuden a reconocer con mayor claridad aquello que muchas veces intuimos sin encontrar las palabras para nombrarlo.

El propósito de este libro solo aspira, modestamente, a abrir un espacio de reflexión sobre la relación entre el individuo, la cultura contemporánea y los sistemas de representación que median nuestra experiencia del mundo.

Si al cerrar la última página las preguntas son más profundas que las respuestas, sentiré que la escritura ha cumplido su función.

10 de marzo de 2026

Todo comenzó en 2021, cuando perdí mi trabajo por negarme a doblegarme ante las leyes antipandemia. Me despidieron sin más, como quien desecha un objeto que de pronto ha dejado de ser útil. Aquel fue el día en que se rompió algo definitivo dentro de mí.

Si tuviera que describir lo que me ocurrió después, diría que fui como un ciego de nacimiento que, de repente, recupera la vista. Y al abrir los ojos, en lugar de maravillarse con el mundo, se lanza a leer con una urgencia casi violenta, desesperada, temiendo que la ceguera regrese en cualquier momento. Así me sucedió a mí. De golpe, vi con una claridad dolorosa hasta qué punto me habían estado mintiendo durante años. Y esa revelación me quemó por dentro.

Desde entonces me prometí, con una rabia serena y terca, que nunca más volvería a dejarme manipular. Nunca más. Comencé a leer como un poseído. Devoraba libro tras libro, artículo tras artículo, informe tras informe. Y anotaba. Anotaba todo. Miles y miles de anotaciones se fueron acumulando en cuadernos improvisados, en servilletas, en los márgenes de impresiones borrosas.

Frases subrayadas, reflexiones, conexiones, rabias contenidas, momentos de lucidez amarga. Aquellos cuadernos se volvieron el mapa desordenado de mi despertar.

De toda esa marea de lecturas, notas y silencios nace este diario. No es solo un registro personal. Es, más bien, el intento de convertir ese torrente caótico en algo coherente. Una serie de ensayos escritos en forma de diario, muchos de los cuales ya han visto la luz en el periódico *Kandela*.

A través de estas páginas me propongo denunciar, con la mayor honestidad de la que sea capaz, la crisis social profunda del tiempo que me ha tocado vivir: la manipulación sistemática, la degradación de los

valores, la ingeniería del consentimiento convertida en arte de Estado y la extraña aceptación colectiva de nuestra propia humillación.

Escribo sin ilusión de cambiar nada. Escribo porque callar se ha vuelto insoportable. Escribo porque, después de haber visto, ya no puedo volver a cerrar los ojos.

Martín aún no ha aparecido. Pero presiento que está cerca, observándome, esperando el momento en que la duda vuelva a abrir una grieta.

Aquí estoy, pues. Con la primera página de este diario, con el café ya frío y con la certeza de que ya no hay marcha atrás. Este es el día uno.

11 de marzo

Me canso de Martín. Estoy aquí sentado frente al escritorio, y la habitación se ha llenado de un silencio que es casi físico, tan denso que duele. Afuera, el sol cae con indiferencia sobre los tejados de la escuela que puedo ver a lo lejos, sobre los prados que se extienden más allá de los límites de la vista, y yo no puedo moverme de este punto donde la historia de Martín—o, mejor dicho, la historia que algún día escribí y que ahora contemplo reescribir—, deja de tener sentido.

Porque no es exactamente que Martín sea un personaje al que haya creado y destruido en este instante, sino la sensación de volver sobre mi propio libro, de enfrentarlo como algo que ya no reconozco del todo. Y ese intento de reescritura, esa posibilidad de rehacer lo ya hecho, es lo que empieza a pesar como una forma de agotamiento.

Y entonces me veo a mí mismo, más que a Martín. Me descubro incapaz de escribir otra línea que no sea un lamento íntimo sobre mí mismo. No hay entusiasmo, ni curiosidad, ni chispa de creación; solo la sensación de que he agotado todas las reservas de imaginación que alguna vez tuve. He construido universos, he explorado tormentas internas, he jugado con la intensidad de la vida y la muerte, con la crueldad del mundo y la fragilidad de mis personajes, y ahora... me siento vacío. No hay horizonte, no hay reconciliación, no hay héroe que pueda sostener mi atención. Solo yo, frente al ordenador, y el absurdo de pensar que alguna vez pude considerarme una sombra de un escritor.

El teclado frente a mí parece un objeto extraño, pesado, casi insultante. Cada tecla que podría presionar se siente inútil, y me pregunto por qué alguna vez creí que escribir algo podía otorgarme sentido, o importancia, o incluso identidad. Martín ya no me sirve; su tragedia está sellada, y mi propia historia, la de quien lo creó, se desploma en la conciencia de que todo esfuerzo ha sido solo un juego conmigo mismo. Un juego ridículo, obsesivo, trágico y privado.

Afuera, el viento mueve las ramas de los árboles que veo desde la ventana. Susurran como voces burlonas, y pienso que incluso ellos saben lo inútil que es todo esto. Cada hoja que se agita es una mueca de la realidad: la vida sigue, indiferente a mis obsesiones, a mis personajes, a mis angustias. Incluso la naturaleza parece decirme que deje de fingir, que no hay futuro para el escritor que alguna vez se creyó necesario, que todo fue un espectáculo privado, una broma de un mundo que no se apiada.

Recuerdo con amarga ironía aquella época en que todavía pensaba en reuniones de escritores, salones llenos de vanidad literaria y cafés donde versos y novelas se erigían como la llave del sentido del mundo

Me río solo, porque ahora sé que todo eso era ridículo, una ficción dentro de la ficción, un delirio de importancia que solo existe en la literatura y nunca en la vida real. Yo he vivido esa ilusión, pero la vida no hace reverencias a la imaginación; la vida es cruel, indiferente y silenciosa, y ahora me enfrenta a mí solo, frente a un teclado que no me habla, frente a páginas en blanco que no esperan nada de mí.

Siento una fatiga acumulada durante años que no recordaba haber vivido. La persona que fui se ha agotado; se ha vaciado en mundos imaginarios que ya no tienen eco. Martín ha cumplido su ciclo, y yo estoy atrapado en la certeza de que no habrá otro personaje que pueda sostener mi atención, ni otra historia que merezca ser contada. Incluso la tentación de imaginar y de inventar se ha vuelto hueca: el acto mismo de crear ya no tiene sentido.

Miro alrededor y veo los objetos cotidianos de mi habitación: una taza de café fría, un lapicero sin punta, un cuaderno abierto con frases que no llevan a ninguna parte. Todo es testigo silencioso de mi fracaso: el de un creador de mundos que nunca interesaron a nadie más que a mí. Y me doy cuenta de que eso es lo que siempre fue la literatura para mí: un espejo privado, un refugio, un juego de obsesiones y contradicciones. Pero incluso eso ahora me cansa, porque el juego ha terminado, o al menos siento que se ha desgastado hasta dejar solo su carcasa vacía.

Pienso en el placer que alguna vez sentí al leer mi propia novela, al recorrer la historia de Martín como un lector privilegiado, único.

Me río de mí mismo, de la obsesión, de la vanidad de buscar sentido en personajes que solo yo podía comprender. Ese placer ahora se ha transformado en una especie de vergüenza íntima, en un recuerdo que hace cosquillas y pica al mismo tiempo, porque reconozco la

absoluta ridiculez de haber creído que podía perdurar, que podía dejar una marca, que podía existir de manera significativa fuera de mi propia cabeza.

Y, aun así, me siento incapaz de hacer otra cosa que mirar, observar, recordar. La escritura, que durante algún tiempo era una expansión de la vida, un acto de creación, se ha convertido en un espejo cruel: no me devuelve nada más que mi propia soledad, mi propia obsesión, mi propio fracaso. No hay futuro para Martín, no hay futuro para mí, si sigo pensando que me parezco en algo a ese pobre individuo, y la única compañía que queda es la certeza de que todo lo que construí, todo lo que imaginé, todo lo que sentí como creador, es estrictamente privado, inútil para cualquier otro, y perfectamente mío.

Entonces cierro los ojos y respiro. Escucho el viento, el susurro de los árboles, y siento que todo es perfecto en su indiferencia. El mundo no me debe nada; yo no le debo nada. Martín será trágico, y yo también. La literatura, que alguna vez prometió sentido y compañía, solo me devuelve la conciencia de mi aislamiento, la certeza de que la creación puede ser un acto hermoso y vacío a la vez. Y sonrío, no de alegría, sino de reconocimiento: he sido escritor, sí, pero he sido, sobre todo, yo mismo, obsesivo, contradictorio, trágico, y finalmente solo, frente a un mundo que no se apiada, frente a un universo que nunca esperó que yo existiera, y frente a mi propia imposibilidad de continuar.

12 de marzo

Me levanto del escritorio y me quedo en el centro de la habitación, observando cómo la luz del sol cae en ángulos imposibles sobre los muebles. Todo parece moverse ligeramente, respirando al ritmo de mi ansiedad. La taza de café se ha transformado en un diminuto planeta que orbita la lámpara, mientras el bolígrafo sobre el cuaderno se inclina, ansioso por escribir por sí solo.

No estoy loco, solo estoy desvariando, y lo hago porque me da la gana. Decido salir al jardín. La hierba está húmeda, y cada brizna parece señalarme un camino que no existe. El perro del vecino me observa desde la distancia, con una mirada que parece saberlo todo: que ya no soy escritor, solo una estatua viviente que murmura para sí. Me siento sobre la piedra más grande que encuentro y pienso: «¿qué haría Martín ahora?». La respuesta es absurda: estaría intentando construir un cohete con ramas secas para escapar de la Tierra, aunque no existiera ninguna posibilidad de vuelo. Y me río, una risa que se me va haciendo cada vez más extraña, más hueca, hasta que ya no puedo distinguir si me río de Martín, de mí o del universo entero.

El viento se levanta y arrastra hojas y una vieja bufanda que no me pertenece; da vueltas alrededor de mis pies y luego parece salirse de la realidad, flotando unos centímetros por encima del suelo, mientras el mundo ignora la gravedad. Pienso en mis libros, en mi única novela, en Martín, y siento que todos se deshacen en polvo dentro de mi cabeza, para reaparecer como insectos luminosos que bailan en el aire. Me inclino y trato de atraparlos, pero se escapan, riéndose de mi torpeza, burlándose de la idea de que alguna vez controlé algo.

Entonces noto algo extraño: la furgoneta de Martín aparece en el borde del jardín, pero está invertida, con las ruedas hacia arriba, flotando medio metro sobre el césped, y dentro de ella hay un montón de cartas sin destinatario, escritas por mí y por nadie a la vez. La miro,

y el buzón se abre solo y me ofrece una manzana podrida. La tomo, aunque sé que no tiene sentido, y siento que la fruta está viva, que me habla en un idioma que no existe, diciéndome que deje de preocuparme por los lectores, por Elena, por Martín... que ya es demasiado tarde para todo, y que eso está bien.

Me levanto y, sin motivo alguno, camino hacia el horizonte de un jardín que se ha dilatado hasta el infinito. El espacio se ha estirado a mis espaldas mientras yo permanecía distraído. Cada paso deja un rastro de tinta negra que se evapora antes de tocar la tierra. La bruma se vuelve rosa, luego verde, luego transparente, y cada árbol por el que paso me saluda con voces de niños que nunca conocí. Y pienso: «esto no es escritura, no es vida, no es nada. Esto es simplemente existir y reírme de todo lo que creí posible».

Llego a un muro que no debería existir, hecho de páginas arrancadas de mi cuaderno. Cada hoja tiene frases inconexas: «La luna es un queso que nadie quiere comer», «El búho me robó la pluma mientras dormía», «Martín lloró sobre la hierba y yo no pude detenerlo porque ya no soy escritor». Escucho una voz dentro de mí mismo que dice: «Esto es suficiente», y otra que contesta: «Nunca lo será». Ambas voces se funden en un zumbido constante, transformando mi cabeza en un colibrí hipnotizado.

De repente, caigo de espaldas sobre un lago que aparece de la nada. No hay agua, solo tinta líquida, y mientras me hundo siento que mis pulmones se llenan de palabras que no significan nada, frases que construí y destruí a la vez, universos enteros de absurda intensidad que flotan sobre mí. Los peces nadan hacia mí, pero son libros abiertos que recitan líneas que jamás escribí. Me río otra vez, y esta vez la risa se mezcla con el chapoteo de tinta y con un viento que canta un himno que no tiene música.

Y entonces, sin previo aviso, despierto en el escritorio, la taza de café intacta, el lapicero quieto, el cuaderno abierto en la misma página que dejé. Nadie ha leído nada. Ni Martín existe ya, ni Elena, ni Antonio, ni Manuel, ni el viento que hablaba, ni los peces-libro. Solo yo, el escritor agotado, el creador sin rumbo, con la certeza de que todo fue un viaje que existió únicamente en mi cabeza, pero que se sintió más real que cualquier futuro posible.

Miro por la ventana y veo que los árboles son normales, el viento sopla como siempre, y un gato cruza el jardín, indiferente. Sonrío,

una sonrisa rara y retorcida: he comprendido algo y, al mismo tiempo, nada. Y me digo: «quizás esto sea la literatura verdadera, no el acto de escribir, no el acto de crear héroes o reconciliaciones, sino la absoluta y perfecta imposibilidad de controlarlo todo, de encontrar sentido, de perdurar». Y entonces cierro los ojos, me recuesto sobre la silla, y dejo que el mundo continúe, que el tiempo siga su camino, mientras yo permanezco aquí, escribiendo en silencio el final que no se puede escribir, imaginando lo que no existe, y riéndome de todo, hasta que nadie pueda escucharme ni importarle.